

JOSÉ MARÍA LOPE TOLEDO: EL ESCRITOR TOTAL

JORGE ALACID

José María Lope Toledo ha pasado a la historia de las letras riojanas como una suerte de escritor total, un panescritor que mientras entregó a la imprenta páginas de una desigual miscelánea (poesía, en muchas de sus variantes; crítica literaria; panegíricos a la tierra natal) tuvo tiempo de convertirse en prohombre de la escena cultural riojana, bien es cierto que en una época —la larga noche del franquismo— en que tal escena era ocupada solo por unos elegidos adictos al régimen.

Nacido en Logroño en 1914, Lope reúne sobrados méritos para ocupar este espacio que hoy le otorga la revista CODAL, puesto que fue uno de sus impulsores, desde su cargo como secretario de publicaciones del Instituto de Estudios Riojanos. Esta publicación, que celebra ahora una nueva vida, nació como un apéndice literario de la revista BERCEO, órgano oficial del IER, cuya secretaria Lope acabó desempeñando hasta su muerte, en 1973. Como escritor interesado en una constante reivindicación del terruño, fue un prolífico autor de artículos para la publicación que le tuvo entre sus padres: durante más de veinte años, el profesor y director académico del IER José Miguel Delgado Idarreta anota que firmó un artículo en cada número de la revista. Su ingente capacidad de trabajo acabó por lastimar el incipiente talento que puede detectarse en muchas de sus obras, como reconoce Manuel de las Rivas, quien le atribuye la autoría, nada menos, de «lo poco, lo poquísimo, que alivió la travesía del desierto en unos años sombríos». Como sucedió con otros compañeros de generación, también en Lope Toledo la cantidad ganó la partida a la calidad.



En aquellos «años sombríos» que cita De Las Rivas en la *Antología de poesía en La Rioja (1960–1986)*, Lope ejerció como ficha estrella del parchís cultural de la época: saltaba de casilla en casilla, desde el IER a la Biblioteca del Instituto Sagasta, que dirigió mientras impartía clases de Latín, Filosofía y Griego en el venerable caserón de la Glorieta; desde BERCEO y CODAL hasta la dirección del periódico local, LA RIOJA (entonces, NUEVA RIOJA); desde su nombramiento como cronista oficial de la región hasta, en fin, su condición de especialista máximo en la obra de otro hombre de las letras riojanas, el llamado «Caballero de la Rosa» (1580-1658). A Lope se debe, en efecto, una de las ediciones más memorables de los versos de Francisco López de Zárate, *La galeota reforzada* (1954), un terreno en el que se notaba cómodo porque su propia trayectoria literaria caminaba a gusto por el sendero de esa poesía manierista, en una tradición muy cara a la historia de las letras españolas que, en su caso, culmina con la colección de versos dedicados al vino de Rioja que le ganaron en vida cierta fama, siempre circunscrita a la provincia.

El soneto *De amor a amor* aquí recuperado, y aparecido en el número 39 de CODAL (correspondiente a julio–septiembre de 1958), así como el extracto *El jarro* de la *Égloga al vino de La Rioja*, y entonces publicado en el número 38 (correspondiente a abril–junio de 1958), dan buena cuenta de los versos sobre el vino de José María Lope Toledo. Él fue, además, uno de los autores que inauguró CODAL con el texto *Camino de Madre de Dios*, que se puede leer en el primer número, de 1949. En total, Lope Toledo suma trece colaboraciones en el suplemento literario de BERCEO, destacando los textos sobre lugares y sucesos históricos o costumbristas riojanos y las citadas odas al vino de Rioja, como *Un viejo elogio al vino de La Rioja*, publicado en el número 33 (correspondiente a enero–marzo de 1957).

Lope, que fue también promotor de los certámenes de juegos flores, pieza central en las Fiestas de la Vendimia, era un escritor de pluma fácil, tal vez demasiado fácil, amigo de la rima obvia que deja, sin embargo, muestras de que en otro tiempo y en otro lugar el ingenio que descuella entre sus estrofas hubiera merecido mejor suerte. No obstante, se ganó su derecho a una cierta inmortalidad: dos años después de su muerte, el Ayuntamiento de Logroño bautizó con su nombre una calle del barrio de Lobete y cada 9 de junio, cuando suena el



Himno de La Rioja en el Monasterio de Yuso, los asistentes al acto central del Día de La Rioja le rinden tributo, probablemente sin saberlo: la letra de esa música que escuchan lleva la firma de Lope Toledo.

Eres Rioja, tierra sin descanso, temprana en flor, a todas horas madre.

Se sabe que eres tú con solo olerte; tu aroma es tuyo; como el tuyo, nadie.

Señorío bodeguero por Haro, bajo el Toloño. Alfaro, la monarquía del trigo.

Azul sendero, Santo Domingo. Logroño, salmo de la alegría. Catedralicia y huertana, Calahorra, la romana. Nájera, corte y ojiva en gótica filigrana.

Fortaleza de luz viva, Torrecilla. Y en Cervera, la mudéjar, primavera derramando miel y oliva. Arnedo, jugoso beso del Cidacos que lo baña. Nueve diamantes de peso en la corona de España.

María de Valvanera, en la sierra te vi un día; dicen que la sierra es fría; yo digo que es una hoguera.

María de Valvanera presta calor a las vides y nunca jamás me olvides. Ni aún después de que muera; María de Valvanera.



DE AMOR A AMOR

SE va granando la uva en simetría;
y al cuajarse el racimo –alzada vela–,
sobre el mar de la Rioja gira y vuela
la barca de la paz, ya pura y mía.

Todo un revuelo de arcangelaría
se escancia en el cristal, cuanto te cela
la alondra de la luz, y de canela
me espergeas la sangre al mediodía.

Dame tu fuego vivo, que sostenga
en pie mi corazón. Dame el velado
frescor de los aromas que tú exhalas.

Dame, vino de Rioja, que yo tenga
tu zumo ungiendo siempre a mi costado
y que, a mi muerte, me florezca en alas.



EL JARRO

El vino y el jarro, ¡qué buenas migas hacen en La Rioja!

Y, si no, que lo digan los «jarreros», la gente de Haro, hidalga y vinatera, señorial y bebedora.

Ahí tenéis, amigos, a un alfarero. Estamos –como es fácil adivinar– en Navarrete.

¡Benditos estos oficios de tradición racial, que tiene entronque con el vino!

Sentado en un ángulo de su taller, el maestro sobre su asiento está en posición de manejar el simple artilugio del oficio.

En verdad que no ha de vencer graves embarazos para portear la arcilla a su obrador. Allí cerca la recoge. Amasado con agua de pozo reposa el barro, hecho pellas, en un rincón del taller.

La tierra de la Rioja, desde siempre, ha sido apta para las obras de cerámica.

Yacimientos hay en nuestra región que llaman poderosamente la atención de los arqueólogos: el de El Redal, de cerámica excisa, de la primera edad del hierro; y el de Tricio, antiguo alfar romano.

Oculto bajo la mesa del artista, una rueda de madera plana y volandera voltea a impulsos de los pies del artífice y hace girar un disco de hierro con ligera y continuada movilidad. Sobre el hierro, como pidiendo la gracia de la línea para su carne flácida, un puñado de arcilla bien heñida.

El aire de la tornátil rodezuela me trae al recuerdo aquellos versos inquietos:

«...currente rota, cur urceus exit?»

Pero no, aquí no habrá sorpresas. No hay temor de que salga un rotundo puchero. Las manos proceden con mágica habilidad y moldean la masa terrosa a su saber y antojo.



La siniestra caricia del barro que asciende, se contrae, se ensancha, medra y decrece, mientras la otra –un trozo de badana humedecida entre los dedos– lo alisa y dibuja.

La tajadura de un alambre corta el jarro regordete y allí queda alineado en el tablero, para sacarlo al sol y al aire, como a un niño recién cristianado.

Frente a la grandiosa naturaleza, el del jarro es un gesto de infinito asombro.

Casi hasta la peana donde descansa se alarga una viña que se va cuajando de miel. Y, ¡qué poderosa es la fuerza del instinto! Al ver los racimos, el jarro, que se sabe hecho para el vino, ha sentido una ciega desazón.

Refrena tus impulsos, cálmate. Todas las cosas tienen su hora. Cuando estés en la taberna, en la bodega, esa es tu dulce predestinación, no te darán las gargantas un punto de sosiego. Madúrate ahora bajo el sol, como esas amigas tuyas, que se tienden, como esas uvas que ves.

Además, mira: estás como apareciste al nacer, todavía sin el vidriado, que es tu vestido y tu gala para andar por el mundo, acaso, la confirmación de tu materia.

Aún has de soportar otra prueba.

Ya se enrojece el horno que atiza el alfarero. El fuego se hará vivo y arrebataador y tú bajarás a ese pozo seco a cuyos pies crepita la hoguera, para la cochura de tu sacrificio. Y, entonces, cuando surja el crisol, el garbo esbelto de tu arquitectura, solo te faltará un sople divino para trocarte de cosa en ser.

Así serás un digno descendiente de aquellos vasos, joyas de los triclinios romanos, que llevaban grabada sobre su rojiza piel la inscripción invitatoria: «Accipe me sitiens et potus trade sodali».

Endurecido y tenaz para el ajetreo de la bodega y la batalla de la taberna, a tu vientre volverá el vino que de tu vientre salió.

Y un día, todos los años –¡ay, 11 de junio, fiesta de San Bernabé!–, cómo te iluminas con el recuerdo de viejas proezas, en la esquina de Cuatro Cantones.

Acepta mi rendida devoción, sumiso jarro que no sabes engréerte pero que tienes conciencia de tu alto destino y, en tu humildad, te has ensalzado hasta ser símbolo de la Cofradía del Pez, la quintaesencia del logroñesismo y dar nombre de pila a cuantos tienen la suerte de nacer en Haro.

En este taller navarreteño, amigos, se han abierto ante nosotros las páginas del Génesis:

«Y dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.

Y tomó un pedazo de barro entre sus manos...».

[De la obra *Égloga al vino de La Rioja*.]